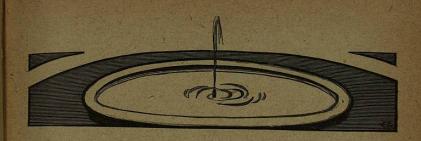
Y por la noche, subido á la imperial del ómnibus, refería sencillamente, á cuantos le prestaban oídos, que había pescado en todo el día catorce libras de peces.



## DOS HOMBRES CÉLEBRES

ABÍA prometido el señor Patissot á su nuevo camarada que pasarían juntos el domingo siguiente; pero una circunstancia imprevista desbarató sus proyectos.

Una tarde, atravesando el bulevar, encontróse á uno de sus primos, al que no veía casi nunca.

Era un periodista complaciente, amable, bien relacionado, y se le ofreció para darle á conocer un mundo nuevo.

- -Vamos á ver: ¿Qué proyectas para el domingo?
  - -Una expedición acuática en Argenteuil.
  - -¡Oh! Pasar el día en el río, fatigarse reman-

do, es cosa muy aburrida, y sobre todo, monótona. No; el domingo irás conmigo. Te presentaré á dos hombres eminentes, á dos glorias nacionales; quiero que veas cómo viven los famosos artistas.

-Voy al campo, no sólo por divertirme, sino por prescripción facultativa.

-Pues, al campo iremos. De paso verás á Meissonier, el ilustre pintor, en su finca de Poissy; luego, andando, llegaremos á Medan, á la casa de Zola. Precisamente necesito hablarle.

Patissot, radiante de júbilo, aceptó.

Para presentarse dignamente, compróse una levita nueva; no le parecía correcto visitar á tan eximios personajes llevando un traje deslucido por el uso; le preocupaba mucho el temor de soltar alguna sandez, como lo hacen con frecuencia los que hablan de artes que no practican y que apenas conocen, y no le quedaba ya tiempo suficiente para ilustrarse.

Comunicó á su primo tales preocupaciones, y el periodista le contestó, riendo grandemente: -

-No te apures; limitate á entusiastas elogios; nada más elogios; elogios del principio hasta el fin,



-¿Y las novelas de Zola?

-Pues, no hace falta más.

De cuando en cuando, citas el título de una novela ó de un cuadro, y añades á continuación: «¡Magnífico! ¡Incomparable! Sobre todo, la ejecución... La manera... el estilo... ¡Asombroso!» Es un recurso fácil é infalible para salir del paso. Ya sabes que tanto Meissonier como Zola, evitan los halagos de su celebridad en vez de apetecerlos; pero las alabanzas gustan siempre á los artistas.

El domingo por la mañana fueron á Poissy.

A pocos pasos de la estación, al extremo de la plaza de la iglesia, estaba situada la finca de Meissonier.

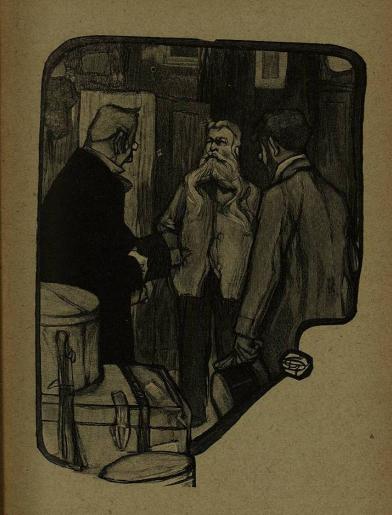
Abriendo una puerta pintada de rojo, entraron en la huerța; y deteniéndose á la sombra de un magnifico emparrado, el periodista preguntó á su primo:

—¿Cómo te imaginas tú á Meissonier? Patissot, indeciso, callaba; por fin dijo:

—Un hombre de poca estatura, pero gallardo, pulcro, elegante.

-Vas á verlo-repuso el periodista, sonriente.

Descubrieron á la izquierda un pabellón de original aspecto, y á la derecha, la casa. Era un edificio extraño con reminiscencias de todo; había en sus apariencias algo de castillo gótico, de morada señorial, de quinta, de cabaña, de palacete, de catedral, de mezquita, de pirámide. Un estilo extraordinariamente complicado, capaz de volver loco á un arquitecto metódico, empeñado en clasificarlo;



un estilo monstruoso y elegante á la vez, obra del pintor, ejecutada bajo sus órdenes.

Entraron. La salita estaba llena de baules. Apareció un hombre rechoncho, vistiendo blusa. Lo más notable de su fisonomía, era la barba; una barba de profeta, que le invadía el rostro, abundante, inverosimil, caudalosa como un río, flotante como una cascada.

Saludó al periodista diciendo:

—Perdone usted que le reciba de tan mala manera. He llegado anteayer y aún está revuelto y en desorden todo. Hagan el favor de tomar asiento.

El periodista continuó de pie, disculpando su prisa con palabras corteses:

—Admirable maestro: pasando junto á su finca, no supe resistir al deseo de saludarle. Ya satisfecho, me retiro.

Patissot, azorado, á cada palabra del otro hacía una reverencia, como si le obligara un resorte, y murmuró al fin balbuciente:

-;Preciosa finca!

El pintor, sintiéndose halagado, sonrió y le propuso recorrerla.

Primero visitaron un pabelloncito de apariencia

feudal—el estudio antiguo del maestro—que se abría sobre una terraza. Luego atravesaron una sala

espaciosa, un comedor, un vestíbulo adornado con magníficas obras de arte, deliciosos tapices de Beauvais, Gobelinos y de Flandes.

La múltiple riqueza ornamental de la fachada, en el interior se convertía en un lujo prodigioso de escaleras. Magnífica escalera principal, escalera de caracol reservada, en una escalera de servicio en

torre; escalera de servicio, en otra; jescaleras en todas partes!

Patissot, curioso, abrió una puerta, retrocediendo al punto, sorprendido. Era una especie de santuario aquel evitable aposento, cuyo nombre pronuncian sólo en inglés las personas distinguidas; un santuario encantador y original, de un gusto exquisito, decorado como una pagoda, cuyo adorno costaría sin duda muchísimas cavilaciones.

Visitaron luego el jardín, intrincado, variado, tortuoso, donde se alzaban árboles corpulentos; y el periodista, decidido á no ser importuno, agradeciendo al amable maestro sus atenciones, despidiéndose, le obligó á retirarse.

Al salir, los acompañaba un jardinero. Patissot le preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que pertenece al señor Meissonier esta finca?

El jardinero respondió:

—Verá usted: en 1846, adquirió la propiedad; pero la casa... La casa fué derribada y reconstruída cuatro ó cinco veces desde entonces... Hay aquí más de dos millones enterrados.

Y alejándose, Patissot concedía un inmenso prestigio al artista, no por el mérito de sus obras, por su talento, por su fama universal, sino porque gastaba tanto dinero en un capricho, mientras los burgueses ordinarios, por amontonar dinero, renuncian á todos los goces. Después de atravesar el pueblo de Poissy, tomaron el camino de Medan, á pie.

La carretera sigue la orilla del río, poblado en aquella parte por islas encantadoras; luego asciende hasta el caserío de Villaines, y vuelve á descender penetrando al fin en la tierra que habita el autor de los *Rougon Macquart*.

Una iglesia vetusta y linda, entre dos torres, alzábase á la izquierda.

Siguieron avanzando, y un campesino les indicó la casa del famoso novelista.

Antes de llamar observaron el aspecto exterior de la vivienda.

Un edificio sólido, muy alto, de construcción reciente, y como los montes de la fábula, parecía que acababa de dar á luz un ratón, una casita blanqueada y agazapada humildemente á sus pies. Era la mansión del antiguo propietario. El otro edificio lo mandó construir Emilio Zola.

Llamaron. Un enorme perro de Terranova comenzó á ladrar con tanta furia que á Patissot le inspiraba el deseo de retroceder y alejarse; pero un criado apaciguó las iras de *Bertrand* y se fué luego, llevando al señor de la casa la tarjeta del periodista. —Sólo falta que no esté dispuesto á recibirnos —murmuró Patissot—; me fastidiaría de veras haber hecho una caminata inútil.



Su compañero sonreia.

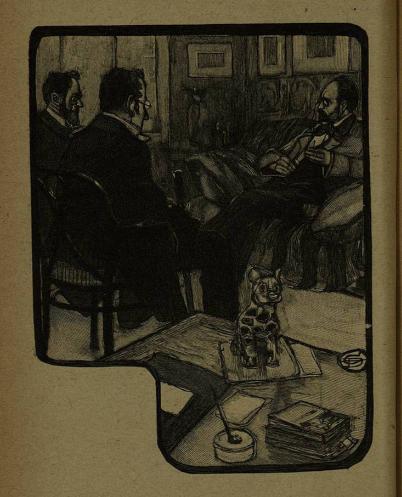
—Tranquilizate: si no quisiera recibirnos, tengo un recurso para obligarle.

Volviendo el criado les rogó que le siguieran. Entraron en el edificio de nueva planta y Patissot, profundamente impresionado, fatigoso, comenzó á subir por una escalera de forma antigua.

Subiendo y resoplando, Patissot procuraba imaginarse, adivinar la figura de aquel hombre cuya gloria resonaba en todos los ámbitos del mundo, entre los odios exagerados y feroces de ciertas gentes, la indignación fingida ó verdadera de las clases conservadoras, el desprecio envidioso de algunos publicistas y las admiraciones frenéticas, la veneración de una inmensa muchedumbre. Y se lo representaba como una especie de gigante barbudo, un coloso de aspecto imponente y terrible, de voz atronadora y modales ariscos.

Llegaron al segundo piso y abrióse, para dejarles pasar, la puerta de un salón inmenso, inundado en luz por altos ventanales, desde donde se dominaba la extensa llanura.

Revestían los muros tapices antiguos. Alzábase, á la izquierda, una chimenea monumental cuya campana sostenían dos cariátides de piedra y donde hubiera podido arder entero el tronco de una encina centenaria; una mesa monumental, llena de



libros, de papeles, de periódicos, ocupaba el centro de aquel salón, tan grandioso, que absorbía las miradas y las atenciones del visitante.

Después vieron incorporarse á un hombre que se hallaba recostado sobre un diván oriental, donde pudieran dormir cómodamente veinte personas á un tiempo.

Avanzó hacia ellos, rogóles que tomaran asiento en dos butacas, y volvió á su diván, sentándose al estilo turco. A su lado había un libro abierto y su mano derecha jugueteaba con una plegadera de marfil, en cuyo extremo fijaba de cuando en cuando uno de sus ojos, guiñando el otro con obstinación de miope.

Mientras el periodista explicaba el motivo de su visita, y el escritor famoso le oía en silencio, mirándole á ratos atentamente, Patissot, cada vez más azorado, observaba sin cesar al hombre cuya celebridad era tan discutida y notoria.

Rayaba en los cuarenta, joven aún, de regular estatura, un poco grueso y de bondadosa expresión; su cabeza—muy semejante á las que vemos en las pinturas italianas del siglo xvI—, no siendo hermosa en el sentido plástico de la palabra, ofrecía

los caracteres distintivos de inteligencia y energía; el cabello, corto, erizábase coronando una frente amplia y serena; la nariz, recta, remataba en una superficie plana como en corte brusco, sobre la curvatura del labio superior cubierto de un bigote bastante poblado; tenía la barba muy espesa y la llevaba muy corta. En su mirada poderosa y firme, resplandecían á veces intenciones irónicas: adivinábase á través de sus ojos el funcionamiento continuo de su inteligencia, la observación constante de cuanto le rodeaba, el análisis de las personas, de las frases, de los gestos, de las intenciones, penetrando hasta la medula. Su cabeza redonda y firme correspondía bien á su nombre, rápido y corto, formado por dos sílabas compactas y breves como dos vocales, como dos notas.

Cuando el periodista hubo explanado su proposición, el escritor dijo que no quería comprometerse por de pronto; que tal vez pudiera más adelante; que sus proyectos no estaban aún suficientemente definidos.

Y calló. Era un modo suave de poner término á la entrevista. Los dos visitantes pusiéronse de pie, algo desconcertados.

Pero á Patissot le invadió un deseo irresistible: deseaba que aquel personaje tan celebrado, tan conocido, se dirigiese á él, sólo á él, para pavonearse luego repitiendo á sus compañeros de oficina las palabras del hombre célebre.

Y, lanzándose, balbució:

—¡Admiro tanto... me seducen tanto sus novelas!

Zola hizo una reverencia, pero no despegó sus labios.

Patissot, enardecido, temerario ya, insistía:

-Es para mí una honra inesperada oir en su propio domicilio á una celebridad universal.

El escritor hizo, ya un poco impaciente, otra reverencia.

Patissot casi derrotado, insistiendo aún, al punto de retirarse, añadió:

-¡Qué finca tan hermosa!

Entonces el orgullo de propietario se hizo sensible al elogio, despertando en el corazón indiferente del novelista, y su mano complaciente abrió una ventana para mostrar la extensión del paisaje. Descubríase desde allí un horizonte desmesurado, en todas direcciones: abarcaba la vista un panora-

ma vastísimo: Triel, Pisse-Fontaine, Chanteloup, las cumbres de Hautrie, el cauce del Sena.

Los dos visitantes, extasiados, prorrumpian de continuo en sinceras alabanzas. Y su gusto les conquistó la voluntad algo uraña del dueño, abriéndo les de par en par todas las puertas. Vieron hasta la cocina, cuyas paredes y cuyo techo, revestidos con azulejos, eran el asombro de los campesinos.

—¿Cómo vino usted á parar aquí?—preguntó el periodista.

Y entonces, el hombre famoso les refirió que buscando un rincón donde guarecerse un verano, encontró la casita blanqueada, que vendían, con un buen terreno, por unos miles de francos, una friolera. Y aprovechando la oportunidad, la compró inmediatamente.

—¿Pero, el edificio nuevo y todas las mejoras implantadas por usted, le habrán costado mucho? El novelista sonrió:

—¡Bastante me cuestan, bastante!

Se despidieron.

Cuando se alejaban, filosofando tranquilamente, decíale á Patissot el periodista:

-Cada general tuvo su Waterloo; cada Balzac

tuvo su chifladura; y cada hombre célebre que habita en su propiedad, tiene su orgullo de propietario.

Tomaron el tren en la estación de Villaines, y, sentados en el vagón, Patissot pronunciaba ya los nombres gloriosos del pintor y del novelista como si fueran sus amigos de confianza.

Hizo todo lo posible para dar á entender que habían almorzado en casa de uno y comido en casa del otro.

